



Benjamín Padilla

(Pseudónimo: Kaskabel)

△▽

Nueve años después²

Pero hombre, ¡amigo! ¿Será posible que usted, ser aparentemente racional, haya cambiado ese paraíso de tranquilidad que se llama California por ese encantador Purgatorio de inquietud y zozobras, mal de estómago y penas...? O es usted muy patriota o muy otra cosa.

Al oírlos, sonrió con esa dolorosa sonrisa que inmortalizó al niño de San Antonio.

Porque ¡oh sarcasmo! Me lo dicen los que no han salido jamás del país, los que a semejanza de los tiernos bebés se la han pasado llora y llora, y mama y mama, como dice la frase gráfica, acurrucados en el regazo no muy cariñoso, pero sí calentito de la madre patria.

Cierto es que la civilización es una cosa encantadora. Pero hay momentos en que se siente la nostalgia de la barbarie.

La quietud, la tranquilidad, llegan a empalagarnos como si fueran miel de cajón y experimentamos una extraña sed de algo amargo, inesperado, aunque sea doloroso, que rompa la monotonía de una vida sin color.

Además yo creo que un mexicano que se estime en algo no vive feliz en un país donde no se pueden disparar balazos, sino con permiso de la autoridad.

Esa existencia estándar isócrona-monótona, que parece el ir y venir del péndulo del reloj, es una cosa asfixiante. Programas de vida que jamás sufren alteración: ¡levantarse, comer, trabajar, acostarse y volverse a levantar! Y esto diariamente, durante 365 días que tiene el año.

¿Es concebible un país donde todo mundo trabaja, hasta los políticos?

¡Caramba! Si Dios, que es Dios, cuando hizo el mundo trabajó seis días y descansó uno, ¿no es justo que nosotros, modestísimas larvas, átomos insignificantes, trabajemos uno y descansemos seis?

El mexicano de verdad, el descendiente en línea recta o chueca de Cortés y de la Malinche, de Cuauhtémoc y de Sor Juana Inés, de Villa y la Corregidora, de Carranza y de María Pistola, podrá vivir, crecer y quizá hasta engordar en el ambiente americano.

Pero yo, que todavía traigo la huella de las lágrimas en la pechera de la camisa, digo y sostengo que no se puede ser feliz en un país donde todo es orden, disciplina y obediencia. Donde el gendarme, además de no usar linterna, es un ser respetable. Donde el rico tiene la osadía de vivir tranquilo y ser dueño de lo suyo. Donde los diputados no matan, ni los camiones atropellan, ni los municipios roban. En una palabra, donde hay salud, pero no revolución social, la vida es imposible.

El fermento de estas líneas lúgubres me duró nueve años; al fin hizo explosión. Cierta noche me soñé bañándome en Chapala, rodeado de puras trigueñitas que hablaban español y chiflaban el himno nacional. Al despertar, me sabía la boca a guayabate de Morelia. El patriotismo se me recrudeció. Erguí la altiva frente y dije:

¡Me voy! ¡Arreglé todo en tres patadas!

Cobré a cuantos me debían. No pagué a ninguno de mis acreedores, y con más maletas que una compañía de cómicos, volé a la estación.

¡La hora anhelada; abrazos apretados; estrechones efusivos; olotes en las gargantas; frases medio entrecortadas por la emoción! Carreras, subidas al tren que arranca silencioso, tan lentamente que apenas se advierte... El grupo de amigos queridos se aleja, va borrándose; pañuelos que se agitan; pescuezos que se estiran y al fin desaparecen... adiós.

¡A la patria! ¡Ya no sufriré el despotismo altanero de estos grupos, yo humilde y atemorizado extranjero! Voy a mi tierra, voy con los míos, con mis hermanos aunque sean inditos.

¡Donde todos nos vemos con cariño, sin jerarquías que despierten la envidia, sin altanerías que nos humillen, ni cárceles que nos asusten, ni gendarmes que nos aterroricen!

¡Qué lindo, qué delicioso volver al seno de la familia, al regazo de la Patria!

Con estas ideas melifluas, arrollado por el vaivén del tren que volaba, me quedé dormido. Soñé que llegaba a México, donde me recibían con una lluvia de serpentinas y flores. ¡Un gendarme prieto y alto de guardia en la estación me arreglaba y me daba un beso en los bigotes! Desperté y oí una voz que gritaba:

«¡Laredo!».

Era nuestro conductor, que aunque por lo requemado se veía que era del país, ¡hablaba trabado por haber dormido al lado americano!

¡El corazón me echaba maromas patrióticas en el pecho e impulsos de la emoción!

¡Al fin llegamos! ¡Abajo todo mundo y a abrir las petacas!

¡Qué sabroso poder hablar uno su idioma y que lo entiendan! ¡Saber decir una broma, esperar un refrán o contestar una hablada!

Me sentía en mi casa, y hubiera querido decir a todos aquellos prietitos que atareados como hormigas registraban los baúles de los entumidos pasajeros: «Míreme, amigo, ¿no me conoce? Yo mero soy. Vuelvo después de 9 años de vivir en ese desierto atestado de gente».

¡Veía con lástima a los pobres extranjeros que hablaban a señas, explicando el contenido de sus petacas!

¿A mí abrírmelas? ¿A mí, que volvía a mi tierra después de 9 años? Con seguridad que no. A ellos sí, porque son extranjeros. Pero a mí, paisano, amigo mío de la casa ¡había su diferencia!

Volviome a la realidad un jalón de saco de un señor de cachucha con bigotes, que lo escaso estaba balanceado con lo largo.

«¡Abra esa petaca!», me dijo con una dulzura de carcelero.

Obedecí. Quizá cree que soy alemán, pensé con el optimismo propio del afligido.

Las petacas bien repletas de tiliches al ser acomodadas por manos femeninas y cuidadosas, con toda calma y paciencia, revientan al abrirse como si fueran latas indigestas de sardinas.

¡El guardia revolvía todo sin miramientos! Como un relámpago, vi ante mí lo que se me esperaba. Aquel hermanito, con instinto de bulldog, iba a vaciármelo todo; llegaría la hora de partir el tren, y los nervios, las piernas, el retaque, y no cabría aquello en la petaca ni a balazos.

«Mi distinguido y amable guardia», le dije, con voz lo más dulce posible. «Nada traigo de contrabando, ni prohibido, ni sospechoso. Soy hombre de bien y soy mexicano...».

«¡Pos precisamente!».

Y escarbaba, lanzando unos resoplidos siniestros, no sé si por la falta de pañuelo o por el exceso de celo en el cumplimiento de su deber.

Todo lo veía. Lo sopesaba. Lo mordía. Lo olfateaba.

«¿Y esto?».

«Mi estimado conciudadano», le dije, ya casi enternecido. «Son mis zapatos de uso personal. Puede usted olerlos».

«¿Pues cuántos pies tiene?».

«Dos nada más», contesté con modestia, «pero hay que tener remuda...».

Lanzó un gruñido y dijo entre dientes:

«¡Parece que va a poner tendejón!».

Entre tanto, mi familia comenzaba a hacer pucheros, sentados sobre un veliz que habían logrado jalar, pero que permanecía con las tapas abiertas como un bage muerto.

El celoso guardián seguía vaciando los baúles con una furia agrarista.

Ya sentía que sudaba algo más que un Nazareno en baño turco y acá en lo íntimo, lo muy hondo del pecho, me dolía pensar que todos aquellos extranjeros sin la menor molestia estaban ya repantigados en sus asientos, fumando silenciosos sus grandes pipas mientras yo, el mexicano, el que soñaba en regresar a su país, y sentir el calor de la propia raza, estaba aun allí, sufriendo como un facineroso.

Cuando volví en mí, ya no era un guardia, sino tres los que escuchaban dizque para acabar pronto. Aquello más bien que equipaje era un escarbadero de gallinas cluecas.

Todos los pasajeros habían tomado sus sitios, y el conductor con su inmensa levita azul y sus botones dorados echaba al pasar unos ojos como diciendo:

«Éstos se quedan».

Un señor de color blanco con una cachucha con orejeras caladas, no sé si por frío o por no oír alusiones poco cariñosas, contemplaba la operación con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y con la misma fría sonrisa con que me contaba mi nana que Nerón veía incendiarse a Roma.

«Es el jefe...», me dijo con ternura, la única alma buena y compadecida que había allí: la Providencia disfrazada de cargador de número.

Vi el cielo abierto. Reuní a mi familia. Ordené a las chicas que lloraran mientras yo, de una pisada certera en un callo, hacía llorar a mi cónyuge, y todos reunidos y en actitud de cuadro plástico nos presentamos al jefe de la cachucha y yo le dije:

«¡Señor, piedad! ¡Somos mexicanos que volvemos atraídos por el imán de la Patria! Esos velices que allí veis, hinchados como acordeones, son el fruto mezquino de nueve años. Nuestro menaje modesto. ¡Nada más! Somos honrados, no obstante ser vuestros paisanos. ¡Señor! ¡Tened piedad de nosotros!».

¡Yo mismo me sorprendí de mi elocuencia!

El jefe se conmovió visiblemente y ordenó que aquellos tres bulldogs dejaran de esculcar.

A las volandas retacamos todo: las cucharas envueltas en las medias usadas, las servilletas dentro de los zapatos, pañuelos de aspecto sospechoso dentro de la taza y los vasos... ¿Qué importa? ¡Pronto, que el tren va a salir!

Al fin vimos aventar estrepitosamente nuestras petacas al carro del *express* con ese movimiento característico que gastan los mexicanos. Lanzamos un resoplido que era a la vez descanso, satisfacción, tranquilidad y sosiego después de horas tan amargas, y casi desfallecidos nos dejamos caer en los asientos.

El cielo limpio y azul, el ambiente suave y acariciador, y ese envió especial que despiden las tierras tropicales me llenaban el cuerpo y el espíritu de la patria que no aspiraba desde hacía tantos años.

Se apoderó de mí una embriaguez indefinida, una alegría sin límite, berbeteadada, en todo mi ser; sentía ganas de relinchar, y acordándome ya sin rencor de los guardias berrendos de la frontera, me paré en el respaldo del asiento, enarbolé mi cachucha en la punta del paraguas y, evocando las vibrantes estrofas de nuestro himno nacional, grité emocionado:

«Mas si osare un paisano y amigo retomar a su casa y su suelo, piensa, oh patria querida, que el cielo un malcriado en cada hijo te dio».

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

